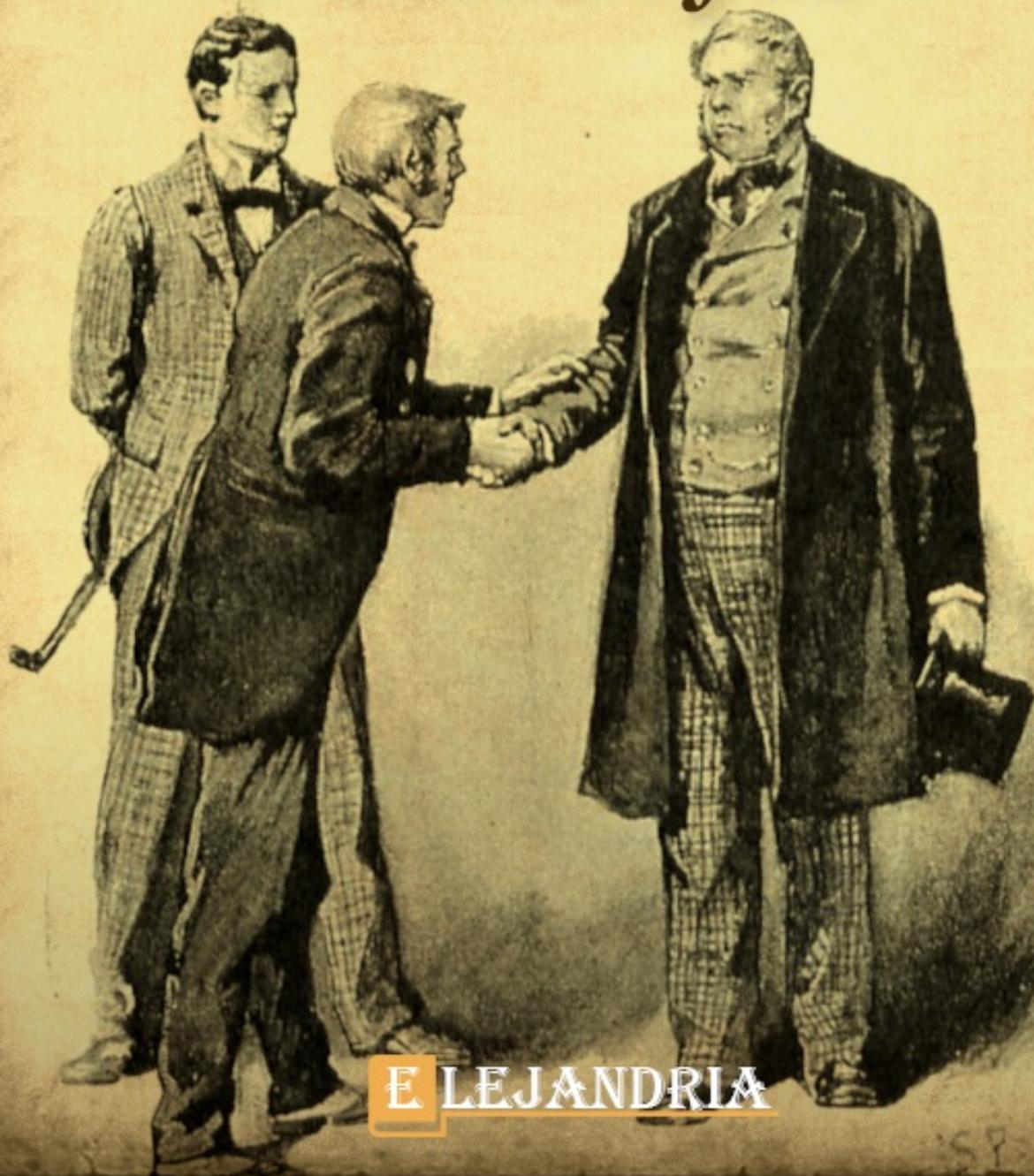


Arthur Conan Doyle

La Liga De Los Pelirrojos



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA LIGA DE LOS PELIRROJOS

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1892
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

LA LIGA DE LOS PELIRROJOS

Un día del otoño del año pasado visité a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, y lo encontré en una profunda conversación con un caballero anciano, corpulento y de rostro pálido, con un cabello rojo intenso. Con una disculpa por mi intromisión, estaba a punto de retirarme cuando Holmes me arrastró bruscamente a la habitación y cerró la puerta tras de sí.

"No podría haber llegado en mejor momento, mi querido Watson", dijo cordialmente.

"Temía que estuvieras ocupado".

"Así es. Mucho".

"Entonces puedo esperar en la habitación de al lado".

"En absoluto. Este caballero, el Sr. Wilson, ha sido mi compañero y ayudante en muchos de mis casos más exitosos, y no me cabe duda de que me será de gran utilidad también en el suyo."

El corpulento caballero se levantó a medias de su silla y saludó con un movimiento de cabeza, con una rápida mirada interrogativa desde sus pequeños ojos rodeados de grasa.

"Pruebe en el sofá -dijo Holmes, volviéndose a sentar en su sillón y juntando las puntas de los dedos, como era su costumbre cuando estaba de buen humor. "Sé, mi querido Watson, que comparte usted mi amor por todo lo que es extraño y está fuera de las convenciones y la monótona rutina de la vida cotidiana. Ha demostrado su gusto por ello con el entusiasmo que le ha llevado a relatar, y, si me disculpa, a embellecer en cierto modo muchas de mis pequeñas aventuras."

"Sus casos han sido, en efecto, del mayor interés para mí", observé.

"Recordará usted que el otro día comenté, justo antes de entrar en el sencillísimo problema presentado por la señorita Mary Sutherland, que para conseguir efectos extraños y combinaciones extraordinarias debemos acudir a la vida misma, que es siempre mucho más atrevida que cualquier esfuerzo de la imaginación."

"Una proposición que me tomé la libertad de dudar".

"Lo hizo, doctor, pero de todas formas debe aceptar mi punto de vista, porque de lo contrario seguiré acumulando hechos sobre hechos hasta que su razón se derrumbe bajo ellos y reconozca que tengo razón. Ahora bien, el señor Jabez Wilson ha tenido la amabilidad de visitarme esta mañana y de comenzar una narración que promete ser una de las más singulares que he escuchado en algún tiempo. Ya me han oído comentar que las cosas más extrañas y singulares suelen estar relacionadas no con los delitos mayores, sino con los menores, y en ocasiones, de hecho, cuando cabe la duda de si se ha cometido algún delito concreto. Por lo que he oído, me es imposible decir si el presente caso es un caso de crimen o no, pero el curso de los acontecimientos es ciertamente uno de los más singulares que he escuchado. Tal vez, Sr. Wilson, tendría la gran amabilidad de recomenzar su relato. Se lo pido no sólo porque mi amigo el doctor Watson no ha oído la primera parte, sino también porque la peculiar naturaleza de la historia me hace desear tener todos los detalles posibles de sus labios. Por regla general, cuando he oído algún ligero indicio del curso de los acontecimientos, puedo guiarme por los miles de otros casos similares que se me ocurren. En el presente caso me veo obligado a admitir que los hechos son, a mi entender, únicos."

El corpulento cliente hinchó el pecho con una apariencia de cierto orgullo y sacó un periódico sucio y arrugado del bolsillo interior de su abrigo. Mientras echaba un vistazo a la columna de anuncios, con la cabeza adelantada y el periódico aplastado sobre su rodilla, eché un buen vistazo al hombre y me esforcé, a la manera de mi compañero, en leer los indicios que pudieran presentar su vestimenta o su aspecto.

Sin embargo, no conseguí mucho con mi inspección. Nuestro visitante tenía todas las características de un comerciante británico común y corriente, obeso, pomposo y lento. Llevaba unos pantalones grises a cuadros de pastor bastante holgados, un abrigo negro no demasiado limpio, desabrochado por delante, y un chaleco gris con una pesada cadena de latón de Albert y un trozo de metal cuadrado que colgaba como adorno. Un sombrero

de copa deshilachado y un abrigo marrón desteñido con el cuello de terciopelo arrugado yacían sobre una silla a su lado. En conjunto, mire lo que mire, no había nada destacable en aquel hombre, salvo su cabeza de color rojo intenso y la expresión de extrema contrariedad y descontento de sus facciones.

La rápida mirada de Sherlock Holmes se fijó en mi ocupación, y sacudió la cabeza con una sonrisa al notar mis miradas interrogantes. "Aparte de los hechos obvios de que ha realizado alguna vez trabajos manuales, que toma rapé, que es masón, que ha estado en China y que últimamente ha escrito bastante, no puedo deducir nada más".

El señor Jabez Wilson se incorporó en su silla, con el dedo índice sobre el papel, pero con los ojos puestos en mi acompañante.

"¿Cómo, en nombre de la buena suerte, supo usted todo eso, señor Holmes?", preguntó. "¿Cómo sabía usted, por ejemplo, que yo realizaba trabajos manuales? Es tan cierto como el evangelio, pues comencé como carpintero de barcos".

"Sus manos, mi querido señor. Su mano derecha es bastante más grande que la izquierda. Has trabajado con ella, y los músculos están más desarrollados".

"Bueno, ¿el rapé, entonces, y la masonería?"

"No voy a insultar tu inteligencia diciéndote cómo he leído eso, especialmente porque, bastante en contra de las estrictas reglas de tu orden, usas un peto de arco y compás".

"Ah, por supuesto, lo había olvidado. ¿Pero la escritura?"

"¿Qué otra cosa puede indicar ese puño derecho tan reluciente por cinco pulgadas, y el izquierdo con el parche liso cerca del codo donde lo apoyas sobre el escritorio?"

"Bueno, ¿pero China?"

"El pez que tienes tatuado inmediatamente por encima de la muñeca derecha sólo podría haber sido hecho en China. He hecho un pequeño estudio de las marcas de tatuajes e incluso he contribuido a la literatura del tema. Ese truco de teñir las escamas de los peces de un delicado color rosa es bastante peculiar de China. Cuando, además, veo una moneda china colgada de la cadena de su reloj, el asunto se simplifica aún más".

El señor Jabez Wilson se rió con fuerza. "¡Bueno, yo nunca!", dijo. "Al principio pensé que había hecho usted algo ingenioso, pero veo que, después de todo, no había nada en ello".

"Empiezo a pensar, Watson", dijo Holmes, "que me equivoque al explicarlo. "Omne ignotum pro magnifico", ya sabe, y mi pobre y pequeña reputación, tal como es, naufragará si soy tan sincero. ¿No puede encontrar el anuncio, Sr. Wilson?"

"Sí, lo tengo ya", contestó con su grueso dedo rojo plantado a mitad de la columna. "Aquí está. Esto es lo que empezó todo. Léalo usted mismo, señor".

Le quitó el papel y leyó lo siguiente:

"A la Liga de los Pelirrojos: A causa del legado del difunto Ezekiah Hopkins, de Lebanon, Pennsylvania, Estados Unidos, hay ahora otra vacante abierta que da derecho a un miembro de la Liga a un salario de 4 libras a la semana por servicios puramente simbólicos. Todos los hombres pelirrojos sanos de cuerpo y mente y mayores de veintiún años, son elegibles. Solicite en persona el lunes, a las once, a Duncan Ross, en las oficinas de la Liga, 7 Pope's Court, Fleet Street".

"¿Qué diablos significa esto?" exclamé después de haber leído dos veces el extraordinario anuncio.

Holmes se rió y se retorció en su silla, como era su costumbre cuando estaba de buen humor. "Es un poco fuera de lo común, ¿no es así?", dijo. "Y ahora, señor Wilson, láncese y cuéntenos todo sobre usted, su casa y el efecto que este anuncio ha tenido en su fortuna. Anote primero, doctor, el periódico y la fecha".

"Es el Morning Chronicle del 27 de abril de 1890. Hace apenas dos meses".

"Muy bien. ¿Ahora, Sr. Wilson?"

"Bueno, es tal como se lo he contado, señor Sherlock Holmes", dijo Jabez Wilson, secándose la frente, "tengo un pequeño negocio de empeño en Coburg Square, cerca de la City. No es un negocio muy grande, y en los últimos años no ha hecho más que permitirme vivir. Antes podía mantener a dos ayudantes, pero ahora sólo mantengo a uno; y no tendría trabajo para pagarle si no estuviera dispuesto a venir por medio sueldo para aprender el negocio."

"¿Cómo se llama este joven tan servicial?", preguntó Sherlock Holmes.

"Se llama Vincent Spaulding, y tampoco es tan joven. Es difícil decir su edad. No desearía un ayudante más inteligente, señor Holmes; y sé muy bien que podría superarse y ganar el doble de lo que yo puedo darle. Pero,

después de todo, si él está satisfecho, ¿por qué habría de meterle ideas en la cabeza?"

"¿Por qué, en efecto? Parece usted muy afortunado por tener un empleado que se encuentra por debajo del precio de mercado. No es una experiencia común entre los empresarios de esta época. No sé si su asistente no es tan notable como su anuncio".

"Oh, también tiene sus defectos", dijo el señor Wilson. "Nunca fue un tipo tan bueno para la fotografía. Se pone a disparar con una cámara cuando debería estar trabajando en su mente, y luego se sumerge en el sótano como un conejo en su madriguera para revelar sus fotos. Ese es su principal defecto, pero en general es un buen trabajador. No hay ningún vicio en él".

"¿Supongo que sigue con usted?"

"Sí, señor. Él y una chica de catorce años, que hace un poco de cocina sencilla y mantiene el lugar limpio; eso es todo lo que tengo en la casa, pues soy viudo y nunca tuve familia. Vivimos muy tranquilos, señor, los tres; y mantenemos un techo sobre nuestras cabezas y pagamos nuestras deudas, si no hacemos nada más.

"Lo primero que nos molestó fue ese anuncio. Spaulding, vino a la oficina justo este día ocho semanas, con este mismo papel en la mano, y dice:

"Le pido a Dios, Sr. Wilson, que yo fuera pelirrojo".

"¿Por qué eso?" le pregunté.

"'Porque', dice él, 'aquí hay otro puesto vacante en la Liga de los Pelirrojos. El valor de la vacante es una pequeña fortuna para el hombre que la obtenga, y tengo entendido que hay más vacantes que hombres, de modo que los administradores no saben qué hacer con el dinero. Si mi pelo cambiara de color, aquí hay una bonita cuna lista para que entre en ella'".

"¿Por qué, qué es, entonces?" pregunté. "Verá, señor Holmes, yo soy un hombre muy hogareño, y como mi negocio vino a mí en vez de tener que ir a él, a menudo estuve semanas enteras sin poner el pie sobre el felpudo. Por eso no me enteraba mucho de lo que ocurría fuera, y siempre me alegraba un poco con las noticias.

"¿Nunca has oído hablar de la Liga de los Pelirrojos?, le preguntó con los ojos abiertos.

"Nunca."

"Vaya, me extraña, porque tú mismo eres elegible para una de las vacantes".

"¿Y cuánto dinero valen?", pregunté.

"Oh, simplemente un par de cientos al año, pero el trabajo es ligero, y no tiene que interferir mucho con las otras ocupaciones".

"Bueno, puedes pensar fácilmente que eso me hizo levantar las orejas, ya que el negocio no ha sido muy bueno desde hace algunos años, y un par de cientos extra habrían sido muy útiles."

"Cuéntamelo todo" -dije-.

"Bueno", dijo, mostrándome el anuncio, "puedes ver por ti mismo que la Liga tiene una vacante, y ahí está la dirección donde debes solicitar los detalles. Por lo que he podido averiguar, la Liga fue fundada por un millonario americano, Ezekiah Hopkins, que era muy peculiar en sus costumbres. Él mismo era pelirrojo, y sentía una gran simpatía por todos los hombres pelirrojos; así que, cuando murió, se descubrió que había dejado su enorme fortuna en manos de fideicomisarios, con instrucciones de aplicar los intereses a la provisión de camas sencillas a los hombres con el cabello de ese color. Por lo que he oído, es una paga espléndida y muy poco que hacer".

"Pero", dije yo, "habría millones de hombres pelirrojos que lo solicitarían".

"No tantos como usted cree", respondió. "Verá que en realidad se limita a los londinenses y a los hombres adultos". Este americano había salido de Londres cuando era joven, y quería hacer un buen favor a la vieja ciudad. Por otra parte, he oído que no sirve de nada que te presentes si tu pelo es rojo claro, o rojo oscuro, o cualquier otra cosa que no sea un rojo brillante y ardiente. Ahora bien, si le interesara solicitarlo, señor Wilson, entraría sin más; pero tal vez no valga la pena que se quite de en medio por unos cuantos cientos de libras".

"Ahora bien, es un hecho, señores, como pueden ver por sí mismos, que mi pelo es de un tinte muy abundante y lleno, de modo que me pareció que si debía competir en el asunto tenía tan buena oportunidad como cualquier hombre que hubiera conocido. Vincent Spaulding parecía saber tanto sobre el tema que pensé que podría ser útil, así que le ordené que levantara las persianas por ese día y que viniera enseguida conmigo. Él estaba muy dispuesto a tener unas vacaciones, así que cerramos el negocio y nos pusimos en marcha hacia la dirección que se nos había dado en el anuncio."

"No espero que vuelva a ver un espectáculo así, señor Holmes. Desde el norte, el sur, el este y el oeste, todos los hombres que tenían un matiz de rojo en el pelo habían acudido a la ciudad para responder al anuncio. Fleet Street estaba atestada de gente pelirroja, y Pope's Court parecía la carretilla

naranja de un costero. No hubiera creído que hubiera tantos en todo el país como los que reunió aquel único anuncio. Los había de todos los colores: paja, limón, naranja, ladrillo, hígado, arcilla; pero, como dijo Spaulding, no había muchos que tuvieran el verdadero y vivo color de las llamas. Cuando vi la cantidad de personas que esperaban, me habría dado por vencido, pero Spaulding no quiso ni oír hablar de ello. No puedo imaginar cómo lo hizo, pero empujó y tiró y golpeó hasta que me hizo pasar entre la multitud y llegar a los escalones que conducían a la oficina. Había un doble flujo en la escalera, algunos subiendo con esperanza y otros volviendo abatidos; pero nos metimos como pudimos y pronto nos encontramos en la oficina."

"Su experiencia ha sido de lo más entretenida", comentó Holmes mientras su cliente hacía una pausa y refrescaba su memoria con un enorme pellizco de rapé. "Le ruego que continúe con su interesante declaración".

"En el despacho no había nada más que un par de sillas de madera y una mesa de trato, detrás de la cual se sentaba un hombrecillo con la cabeza aún más roja que la mía. Decía unas palabras a cada candidato a medida que se acercaba, y luego siempre se las arreglaba para encontrar algún defecto en ellos que los descalificara. Después de todo, conseguir una vacante no parecía ser un asunto tan fácil. Sin embargo, cuando llegó nuestro turno, el hombrecillo se mostró mucho más favorable a mí que a cualquiera de los otros, y cerró la puerta cuando entramos, para poder hablar con nosotros en privado.

"Este es el señor Jabez Wilson", dijo mi asistente, "y está dispuesto a ocupar una vacante en la Liga".

"Y es admirablemente adecuado para ello", respondió el otro. Tiene todos los requisitos. No recuerdo haber visto algo tan bueno". Dio un paso hacia atrás, ladeó la cabeza y me miró el pelo hasta que me sentí bastante avergonzado. Luego, de repente, se lanzó hacia delante, me apretó la mano y me felicitó calurosamente por mi éxito.

"Sería una injusticia dudar", dijo. "Sin embargo, estoy seguro de que me disculpará por tomar una precaución obvia". Con esto, me agarró el pelo con las dos manos y tiró de él hasta que grité de dolor. Tienes los ojos llenos de lágrimas -dijo al soltarme-. Percibo que todo es como debería ser. Pero tenemos que tener cuidado, porque nos han engañado dos veces con pelucas y una vez con pintura. Podría contarle historias de cera de zapatero que le repugnarían a la naturaleza humana". Se acercó a la ventana y gritó a través de ella con toda su voz que la vacante estaba cubierta. Se oyó un ge-

mido de decepción desde abajo, y toda la gente se alejó en distintas direcciones hasta que no se vio más pelirrojo que el mío y el del gerente".

"Mi nombre" -dijo- "es el señor Duncan Ross, y yo mismo soy uno de los pensionistas del fondo dejado por nuestro noble benefactor. ¿Es usted un hombre casado, señor Wilson? ¿Tiene usted familia?"

"Respondí que no".

"Su cara cayó inmediatamente".

" ¡Caramba!. dijo gravemente, "¡eso es muy grave! Lamento oírle decir eso. El fondo estaba destinado, por supuesto, a la propagación y difusión de los pelirrojos, así como a su manutención. Es muy desafortunado que usted sea soltero".

"Mi cara se alargó ante esto, señor Holmes, pues pensé que, después de todo, no iba a tener la vacante; pero después de pensarlo durante unos minutos dijo que no habría problema".

"En el caso de cualquier otra persona -dijo-, la objeción podría ser fatal, pero debemos hacer un esfuerzo a favor de un hombre con una cabellera como la suya. ¿Cuándo podrá usted empezar a desempeñar sus nuevas funciones?"

"Bueno, es un poco incómodo, porque ya tengo un negocio", dije.

"¡Oh, no se preocupe por eso, señor Wilson!", dijo Vincent Spaulding. "Yo podría ocuparme de eso por usted".

"¿Cuál sería el horario?", pregunté.

"De diez a dos".

"Ahora bien, el negocio de un prestamista se hace sobre todo por la noche, señor Holmes, especialmente los jueves y viernes por la noche, que es justo antes del día de pago; así que me vendría muy bien ganar un poco por las mañanas. Además, sabía que mi ayudante era un buen hombre y que se encargaría de todo lo que surgiera."

"Eso me vendría muy bien" dije. "¿Y la paga?"

"Son 4 libras a la semana".

"¿Y el trabajo?"

"Es puramente testimonial".

"¿A qué llamas puramente testimonial?"

"Bueno, tienes que estar en la oficina, o al menos en el edificio, todo el tiempo. Si te vas, pierdes tu puesto para siempre. El testamento es muy claro en ese punto. No cumples con las condiciones si te mueves de la oficina durante ese tiempo".

"Son sólo cuatro horas al día, y no se me ocurriría irme", dije.

"No hay excusa que valga", dijo el Sr. Duncan Ross; "ni enfermedad, ni negocios, ni nada. Debes quedarte allí, o perderás tu billete".

"¿Y el trabajo?"

"Es copiar la Enciclopedia Británica. Hay un primer volumen en esa imprenta. Debes conseguir tu propia tinta, bolígrafos y papel secante, pero nosotros te proporcionamos esta mesa y esta silla. ¿Estará listo mañana?"

"Por supuesto", respondí.

"Entonces, adiós, señor Jabez Wilson, y permítame felicitarle una vez más por el importante puesto que ha tenido la suerte de conseguir". Me hizo una reverencia para que saliera de la habitación y me fui a casa con mi ayudante, casi sin saber qué decir o hacer, estaba tan satisfecho de mi propia suerte.

"Estuve pensando en el asunto durante todo el día, y por la noche volví a tener el ánimo por los suelos, ya que me había convencido de que todo el asunto debía ser un gran engaño o fraude, aunque no podía imaginar cuál era su objetivo. Parecía imposible creer que alguien pudiera hacer semejante testamento, o que pagara semejante suma por hacer algo tan simple como copiar la Enciclopedia Británica. Vincent Spaulding hizo lo que pudo para animarme, pero a la hora de acostarme ya me había desanimado. Sin embargo, por la mañana decidí echarle un vistazo de todos modos, así que compré un frasco de tinta de un centavo y, con una pluma y siete hojas de papel de imprenta, me dirigí a Pope's Court.

"Para mi sorpresa y deleite, todo estaba tan bien como era posible. La mesa estaba preparada para mí, y el señor Duncan Ross estaba allí para ver que me ponía a trabajar. Me puso a trabajar en la letra A, y luego me dejó; pero pasaba de vez en cuando para ver que todo estaba bien conmigo. A las dos me dio los buenos días, me felicitó por la cantidad que había escrito y cerró la puerta de la oficina tras de mí".

"Esto sucedió día tras día, señor Holmes, y el sábado el director vino y me dio cuatro soberanos de oro por mi trabajo de la semana. Lo mismo ocurrió la semana siguiente, y lo mismo la siguiente. Todas las mañanas estaba allí a las diez, y todas las tardes me iba a las dos. Poco a poco, el señor Duncan Ross empezó a venir sólo una vez por la mañana, y luego, después de un tiempo, no vino en absoluto. Sin embargo, nunca me atreví a dejar la habitación ni un instante, porque no estaba seguro de cuándo podría venir, y

el puesto era tan bueno y me convenía tanto que no quería arriesgarme a perderlo.

"Pasaron así ocho semanas, y yo había escrito sobre los abades y la arquería y la armadura y la arquitectura y el Ática, y esperaba con diligencia que podría llegar a la B antes de mucho tiempo. Me costó algo en papel de imprenta, y casi había llenado una estantería con mis escritos. Y de repente todo el asunto llegó a su fin".

"¿Terminó?"

"Sí, señor. Y no más tarde de esta mañana. Fui a mi trabajo como de costumbre a las diez, pero la puerta estaba cerrada con llave, con un pequeño cuadrado de cartón clavado en el centro del panel con una tachuela. Aquí está, y puede leerlo usted mismo".

Levantó un trozo de cartón blanco del tamaño de una hoja de papel. Decía así

La Liga de los Pelirrojos se disuelve. 9 de octubre de 1890.

Sherlock Holmes y yo examinamos este anuncio y el rostro compungido que había detrás, hasta que el lado cómico del asunto superó por completo cualquier otra consideración y ambos estallamos en una carcajada.

"No veo que haya nada muy divertido", gritó nuestro cliente, sonrojado hasta las raíces de su flamante cabeza. "Si no puedes hacer nada mejor que reírte de mí, puedo ir a otra parte".

"No, no", gritó Holmes, empujándolo de nuevo a la silla de la que se había levantado a medias. "No me perdería su caso por nada del mundo. Es muy refrescante y poco habitual. Pero hay, si me permite decirlo, algo un poco raro en él. ¿Qué hizo cuando encontró la tarjeta en la puerta?"

"Me quedé perplejo, señor. No sabía qué hacer. Luego llamé a las oficinas de alrededor, pero ninguna parecía saber nada al respecto. Finalmente, me dirigí al propietario, que es un contable que vive en la planta baja, y le pregunté si podía decirme qué había sido de la Liga de los Pelirrojos. Me dijo que nunca había oído hablar de ese organismo. Luego le pregunté quién era el señor Duncan Ross. Me contestó que ese nombre era nuevo para él".

"Bueno", dije, "el caballero del número 4".

"¿Qué, el pelirrojo?"

"Sí."

"Oh," dijo él, "su nombre era William Morris. Era un abogado y estaba usando mi habitación como un alojamiento temporal hasta que su nuevo local estuviera listo. Se mudó ayer".

"¿Dónde podría encontrarlo?"

"Oh, en sus nuevas oficinas. Me dijo la dirección. Sí, el 17 de King Edward Street, cerca de St. Paul".

"Me puse en marcha, señor Holmes, pero cuando llegué a esa dirección era una fábrica de rótulas ortopédicas, y nadie en ella había oído hablar ni del señor William Morris ni del señor Duncan Ross".

"¿Y qué hizo entonces?", preguntó Holmes.

"Me fui a casa, a la plaza de Saxe-Coburg, y seguí el consejo de mi ayudante. Pero él no pudo ayudarme en nada. Sólo pudo decirme que si esperaba tendría noticias por correo. Pero eso no era suficiente, señor Holmes. No quería perder una plaza así sin luchar, así que, como había oído que usted era lo bastante bueno como para aconsejar a los pobres que lo necesitaban, acudí enseguida a usted."

"Y ha hecho usted muy sabiamente", dijo Holmes. "Su caso es muy notable, y estaré encantado de estudiarlo. Por lo que me ha contado, creo que es posible que se trate de asuntos más graves de lo que parece a primera vista."

"¡Suficientemente grave!", dijo el Sr. Jabez Wilson. "Vaya, he perdido cuatro libras a la semana".

"En lo que a usted se refiere personalmente -observó Holmes-, no veo que tenga ningún agravio contra esta extraordinaria liga. Por el contrario, según tengo entendido, es usted más rico en unas 30 libras, por no hablar de los minuciosos conocimientos que ha adquirido sobre todos los temas que aparecen bajo la letra A. No ha perdido nada con ellos".

"No, señor. Pero quiero saber sobre ellos, quiénes son y cuál era su objetivo al gastar esta broma, si es que era una broma, contra mí. Fue una broma bastante cara para ellos, pues les costó dos y treinta libras".

"Intentaremos aclarar estos puntos para usted. Y, primero, una o dos preguntas, señor Wilson. Este ayudante suyo que le llamó la atención por primera vez sobre el anuncio, ¿cuánto tiempo llevaba con usted?"

"Alrededor de un mes entonces".

"¿Cómo llegó?"

"En respuesta a un anuncio".

"¿Fue el único solicitante?"

"No, tuve una docena".

"¿Por qué lo eligió?"

"Porque era hábil y era barato".

"A mitad de sueldo, de hecho".

"Sí."

"¿Cómo es este Vincent Spaulding?"

"Pequeño, de complexión robusta, muy rápido en sus formas, sin pelo en la cara, aunque no le faltan treinta años. Tiene una mancha blanca de ácido en la frente".

Holmes se sentó en su silla con gran excitación. "Ya me lo imaginaba", dijo. "¿Ha observado que tiene las orejas perforadas para hacer pendientes?"

"Sí, señor. Me dijo que un gitano se lo había hecho cuando era un muchacho".

"¡Hum!", dijo Holmes, hundiéndose en sus pensamientos. "¿Todavía está con usted?"

"Oh, sí, señor; acabo de dejarlo".

"¿Y se han atendido sus asuntos en su ausencia?"

"Nada de lo que quejarse, señor. Nunca hay mucho que hacer por la mañana".

"Eso es todo, Sr. Wilson. Estaré encantado de darle una opinión sobre el tema en el transcurso de un día o dos. Hoy es sábado, y espero que el lunes podamos llegar a una conclusión".

"Bien, Watson", dijo Holmes cuando nuestro visitante se hubo marchado, "¿qué opina de todo esto?"

"No entiendo nada", respondí con franqueza. "Es un asunto de lo más misterioso".

"Por regla general -dijo Holmes-, cuanto más extraña es una cosa, menos misteriosa resulta. Son los crímenes comunes y sin rasgos los que resultan realmente desconcertantes, del mismo modo que un rostro común es el más difícil de identificar. Pero debo ser rápido en este asunto".

"¿Qué vas a hacer, entonces?" pregunté.

"Fumar", respondió. "Es un problema de tres pipas, y le ruego que no me hable durante cincuenta minutos". Se acurrucó en su silla, con sus delgadas rodillas recogidas hasta su nariz de halcón, y allí se sentó con los ojos cerrados y su pipa de arcilla negra sobresaliendo como el pico de un extraño pájaro. Yo había llegado a la conclusión de que se había quedado dormido y, de hecho, yo mismo estaba cabeceando, cuando de repente se levantó de la silla con el gesto de un hombre que ha tomado una decisión y dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea.

"Sarasate actúa esta tarde en el St. James's Hall", comentó. "¿Qué le parece, Watson? ¿Podrían tus pacientes prescindir de ti durante unas horas?"

"No tengo nada que hacer hoy. Mi consulta nunca es muy absorbente".

"Entonces póngase el sombrero y venga. Voy a pasar primero por la ciudad y podemos almorzar por el camino. Observo que hay mucha música alemana en el programa, que es más de mi gusto que la italiana o la francesa. Es introspectiva, y yo quiero introspección. Acompáñame".

Viajamos en el metro hasta Aldersgate; y un corto paseo nos llevó a Saxe-Coburg Square, el escenario de la singular historia que habíamos escuchado por la mañana. Era un lugar pequeño y cutre, en el que cuatro líneas de casas de ladrillo de dos pisos daban a un pequeño recinto enrejado, donde un césped de hierba y unos pocos arbustos de laurel descolorido luchaban contra una atmósfera cargada de humo y poco agradable. Tres bolas doradas y un tablero marrón con "Jabez Wilson" en letras blancas, sobre una casa de la esquina, anunciaban el lugar donde nuestro pelirrojo cliente llevaba a cabo su negocio. Sherlock Holmes se detuvo frente a ella con la cabeza a un lado y lo miró todo, con los ojos brillando entre los párpados fruncidos. Luego caminó lentamente calle arriba, y luego bajó de nuevo hasta la esquina, mirando todavía con agudeza las casas. Finalmente, regresó a la casa de empeño y, tras golpear enérgicamente el pavimento con su bastón dos o tres veces, se acercó a la puerta y llamó. Al instante le abrió un joven de aspecto brillante y bien afeitado, que le pidió que pasara.

"Gracias", dijo Holmes, "sólo quería preguntarle cómo iría de aquí al Strand".

"Tercera a la derecha, cuarta a la izquierda", respondió el ayudante con prontitud, cerrando la puerta.

"Un tipo inteligente", observó Holmes mientras nos alejábamos. "Es, a mi juicio, el cuarto hombre más inteligente de Londres, y por atrevimiento no estoy seguro de que no tenga derecho a ser el tercero. He conocido algo de él antes".

"Evidentemente", dije yo, "el asistente del señor Wilson tiene mucho que ver con este misterio de la Liga de los Pelirrojos. Estoy seguro de que usted ha investigado su camino simplemente para poder verlo".

"A él no".

"¿Entonces qué?"

"Las rodillas de sus pantalones".

"¿Y qué viste?"

"Lo que esperaba ver".

"¿Por qué golpeaste el pavimento?"

"Mi querido doctor, este es un momento para observar, no para hablar. Somos espías en un país enemigo. Sabemos algo de de Saxe-Coburg Square. Exploremos ahora las partes que se encuentran detrás de ella".

La calle en la que nos encontrábamos al doblar la esquina de la retirada Saxe-Coburg Square presentaba un contraste tan grande con ella como el frente de un cuadro con el fondo. Era una de las principales arterias que conducían el tráfico de la ciudad hacia el norte y el oeste. La calzada estaba bloqueada por la inmensa corriente de comercio que fluía en una doble marea hacia el interior y el exterior, mientras que las aceras estaban ennegrecidas por el apresurado enjambre de peatones. Resultaba difícil darse cuenta, al contemplar la hilera de tiendas elegantes y locales comerciales majestuosos, de que realmente colindaban al otro lado con la plaza descolorida y estancada que acabábamos de abandonar.

"A ver -dijo Holmes, parándose en la esquina y mirando a lo largo de la línea-, me gustaría recordar el orden de las casas aquí. Es una de mis aficiones tener un conocimiento exacto de Londres. Ahí están Mortimer, el estanco, la pequeña tienda de periódicos, la sucursal de Coburg de la City and Suburban Bank, el restaurante vegetariano y el depósito de carros de McFarlane. Eso nos lleva a la otra manzana. Y ahora, doctor, hemos hecho nuestro trabajo, así que es hora de jugar. Un sándwich y una taza de café, y luego a la tierra del violín, donde todo es dulzura, delicadeza y armonía, y no hay clientes pelirrojos que nos molesten con sus enigmas".

Mi amigo era un músico entusiasta, siendo él mismo no sólo un intérprete muy capaz, sino un compositor de mérito no ordinario. Toda la tarde estuvo sentado en el patio de butacas envuelto en la más perfecta felicidad, agitando suavemente sus largos y delgados dedos al compás de la música, mientras su rostro suavemente sonriente y sus ojos lánguidos y soñadores eran tan distintos a los de Holmes el sabueso, Holmes el implacable, agudo y presto agente del crimen, como era posible concebir. En su singular carácter se imponía alternativamente la doble naturaleza, y su extrema exactitud y astucia representaban, como he pensado a menudo, la reacción contra el talante poético y contemplativo que a veces predominaba en él. Los vaivenes de su naturaleza le llevaban de la languidez más absoluta a una energía devoradora; y, como yo sabía muy bien, nunca era tan verdaderamente formidable como cuando, durante días y días, había estado descansando en su si-

llón entre sus improvisaciones y sus ediciones en letra negra. Entonces le invadía de repente el ansia de persecución, y su brillante capacidad de razonamiento se elevaba al nivel de la intuición, hasta que los que no conocían sus métodos le miraban con recelo como a un hombre cuyos conocimientos no eran los del resto de los mortales. Cuando le vi aquella tarde tan enfrascado en la música del St. James 's Hall sentí que un mal momento podía estar llegando a aquellos a los que se había propuesto dar caza.

"Sin duda quieres ir a casa, doctor", comentó cuando salimos.

"Sí, sería lo mejor".

"Y tengo algunos asuntos que hacer que me llevarán algunas horas. Este asunto de la Coburg Square es serio".

"¿Por qué serio?"

"Se está contemplando un crimen considerable. Tengo todas las razones para creer que llegaremos a tiempo para detenerlo. Pero el hecho de que hoy sea sábado complica bastante las cosas. Necesitaré su ayuda esta noche".

"¿A qué hora?"

"Las diez es suficiente".

"Estaré en Baker Street a las diez".

"Muy bien. Y, digo, doctor, puede haber algún pequeño peligro, así que tenga la amabilidad de guardar el revólver del ejército en tu bolsillo". Agitó la mano, giró sobre sus talones y desapareció en un instante entre la multitud.

Confío en no ser más denso que mis vecinos, pero siempre me oprimió la sensación de mi propia estupidez en mis relaciones con Sherlock Holmes. Aquí había oído lo que él había oído, había visto lo que él había visto y, sin embargo, de sus palabras se desprendía que él veía claramente no sólo lo que había sucedido sino lo que estaba a punto de suceder, mientras que para mí todo el asunto seguía siendo confuso y grotesco. Mientras me dirigía a mi casa de Kensington pensé en todo, desde la extraordinaria historia del copiador pelirrojo de la Enciclopedia hasta la visita a Saxe-Coburg Square, y las ominosas palabras con las que se había despedido de mí. ¿Qué era esta expedición nocturna y por qué debía ir armado? ¿Adónde íbamos y qué íbamos a hacer? Holmes me había dado la pista de que el ayudante del prestamista, de rostro suave, era un hombre formidable, un hombre que podría jugar un juego profundo. Intenté descifrarlo, pero abandoné el asunto con desesperación y lo dejé de lado hasta que la noche nos diera una explicación.

Eran las nueve y cuarto cuando salí de casa y me dirigí al otro lado del parque y, a través de Oxford Street, a Baker Street. Dos hombres estaban en la puerta, y cuando entré en el pasillo oí el sonido de voces procedentes de arriba. Al entrar en su habitación, encontré a Holmes en una animada conversación con dos hombres, uno de los cuales reconocí como Peter Jones, el agente oficial de la policía, mientras que el otro era un hombre largo, delgado y de rostro triste, con un sombrero muy brillante y un abrigo de aspecto muy respetable.

"¡Ja! Nuestro grupo está completo", dijo Holmes, abotonando su chaquetón y cogiendo su pesada fusta de caza del perchero. "Watson, creo que conoce al señor Jones, de Scotland Yard. Permítame presentarle al señor Merryweather, que será nuestro compañero en la aventura de esta noche".

"Volvemos a cazar en pareja, doctor, ya ve", dijo Jones a su manera consecuenta. "Nuestro amigo es un hombre maravilloso para iniciar una persecución. Todo lo que quiere es un perro viejo que lo ayude a correr".

"Espero que un ganso salvaje no resulte ser el fin de nuestra persecución", observó sombríamente el señor Merryweather.

"Puede confiar bastante en el señor Holmes, señor", dijo el agente de policía con altivez. "Tiene sus propios métodos, que son, si no le importa que se lo diga, un poco demasiado teóricos y fantásticos, pero tiene madera de detective. No es demasiado decir que una o dos veces, como en el asunto del asesinato de Sholto y el tesoro de Agra, ha estado más cerca de acertar que la fuerza oficial".

"Oh, si usted lo dice, señor Jones, está bien", dijo el forastero con deferencia. "Aun así, confieso que echo de menos jugar al rubber. Es la primera noche de sábado desde hace siete y veinte años que no tengo mi partida de rubber".

"Creo que descubrirá", dijo Sherlock Holmes, "que esta noche jugará por una apuesta más alta de lo que ha hecho hasta ahora, y que la jugada será más emocionante. Para usted, señor Merryweather, la apuesta será de unas 30.000 libras esterlinas; y para usted, Jones, será el hombre sobre el que desee poner sus manos."

"John Clay, el asesino, ladrón, desmenuzador y falsificador. Es un hombre joven, Sr. Merryweather, pero está a la cabeza de su profesión, y preferiría tener mis esposas sobre él que sobre cualquier criminal en Londres. El joven John Clay es un hombre extraordinario. Su abuelo fue un duque real, y él mismo ha estado en Eton y Oxford. Su cerebro es tan astuto como sus

dedos, y aunque encontramos señales de él a cada paso, nunca sabemos dónde encontrarlo. En una semana asalta una casa en Escocia y a la siguiente recauda dinero para construir un orfanato en Cornualles. Hace años que le sigo la pista y nunca lo he visto".

"Espero tener el placer de presentarle esta noche. Yo también he tenido una o dos pequeñas visitas con el Sr. John Clay, y estoy de acuerdo con usted en que está a la cabeza de su profesión. Son más de las diez, sin embargo, y es hora de que empecemos. Si ustedes dos toman el primer coche, Watson y yo iremos en el segundo".

Sherlock Holmes no se mostró muy comunicativo durante el largo trayecto y se recostó en el taxi tarareando las melodías que había escuchado por la tarde. Atravesamos un interminable laberinto de calles iluminadas con gas hasta que salimos a la calle Farrington.

"Ya estamos cerca", comentó mi amigo. "Este tipo, Merryweather, es director de un banco y está personalmente interesado en el asunto. He pensado que es mejor que Jones esté también con nosotros. No es un mal tipo, aunque es un absoluto imbécil en su profesión. Tiene una virtud positiva. Es tan valiente como un bulldog y tan tenaz como una langosta si pone sus garras sobre alguien. Aquí estamos, y nos están esperando".

Habíamos llegado a la misma calle atestada de gente en la que nos habíamos encontrado por la mañana. Nuestros taxis se despidieron y, siguiendo las indicaciones del señor Merryweather, pasamos por un estrecho pasillo y por una puerta lateral, que él nos abrió. Dentro había un pequeño pasillo que terminaba en una enorme puerta de hierro. Ésta también se abrió y conducía a un tramo de escalones de piedra sinuosos, que terminaban en otra formidable puerta. El señor Merryweather se detuvo para encender una linterna, y luego nos condujo por un pasillo oscuro y con olor a tierra, y así, después de abrir una tercera puerta, a una enorme bóveda o bodega, que estaba apilada por todas partes con cajas y cajones macizos.

"No es muy accesible desde lo alto", observó Holmes mientras levantaba la linterna y miraba a su alrededor.

"Tampoco desde abajo -dijo el señor Merryweather, golpeando con su bastón las banderas que cubrían el suelo-. "¡Caramba, suena muy hueco!", observó, levantando la vista con sorpresa.

"¡De verdad que debo pedirle que se calle un poco más!", dijo Holmes con severidad. "Ya ha puesto usted en peligro todo el éxito de nuestra expe-

dición. ¿Podría tener la bondad de sentarse en una de esas cajas y no interferir?"

El solemne señor Merryweather se encaramó a un cajón, con una expresión muy dolida en el rostro, mientras Holmes se arrodillaba en el suelo y, con la linterna y una lente de aumento, comenzaba a examinar minuciosamente las grietas entre las piedras. Unos pocos segundos bastaron para satisfacerlo, pues se puso de pie de nuevo y guardó la lupa en el bolsillo.

"Tenemos por lo menos una hora por delante -comentó-, pues difícilmente podrán dar algún paso hasta que el buen prestamista esté a salvo en la cama. Entonces no perderán ni un minuto, pues cuanto antes hagan su trabajo, más tiempo tendrán para escapar. Nos encontramos en este momento, doctor -como sin duda habrá adivinado-, en el sótano de la sucursal de la City de uno de los principales bancos de Londres. El señor Merryweather es el presidente de los directores, y le explicará que hay razones para que los criminales más audaces de Londres tengan un interés considerable en esta bodega en estos momentos."

"Es nuestro oro francés", susurró el director. "Hemos recibido varios avisos de que podrían atacar contra él".

"¿Su oro francés?"

"Sí. Hace unos meses tuvimos ocasión de reforzar nuestros recursos y pedimos prestados para ello 30.000 napoleones al Banco de Francia. Se ha sabido que nunca hemos tenido ocasión de desembolsar el dinero, y que todavía está en nuestro sótano. El cajón sobre el que me siento contiene 2.000 napoleones empaquetados entre capas de papel de plomo. Nuestra reserva de lingotes es mucho mayor en la actualidad de lo que se suele guardar en una sola sucursal, y los directores han tenido recelos al respecto."

"Que estaban muy bien justificados", observó Holmes. "Y ahora es el momento de organizar nuestros pequeños planes. Espero que dentro de una hora los asuntos lleguen a un punto crítico. Mientras tanto, señor Merryweather, debemos poner la cortina sobre esa oscura lámpara".

"¿Y sentarse en la oscuridad?"

"Me temo que sí. Había traído una baraja de cartas en el bolsillo, y pensé que, como éramos un grupo de cuatro personas, podría tener su partida después de todo. Pero veo que los preparativos del enemigo han llegado tan lejos que no podemos arriesgarnos a tener una luz. Y, en primer lugar, debemos elegir nuestras posiciones. Estos son hombres atrevidos, y aunque los tomaremos en desventaja, pueden hacernos algún daño si no tenemos cuida-

do. Yo me colocaré detrás de esta caja, y vosotros os ocultaréis detrás de aquellas. Entonces, cuando les dé una luz, acérquense rápidamente. Si disparan, Watson, no tengas reparos en abatirlos".

Coloqué mi revólver, armado, en la parte superior de la caja de madera detrás de la cual me agaché. Holmes tiró la cortinilla por la parte delantera de su farol y nos dejó en la más absoluta oscuridad, una oscuridad tan absoluta como nunca antes había experimentado. El olor a metal caliente seguía asegurándonos que la luz seguía allí, lista para encenderse de un momento a otro. Para mí, con los nervios a flor de piel, había algo desalentador en la repentina oscuridad y en el aire frío y húmedo de la bóveda.

"Sólo tienen una salida", susurró Holmes. "Es volver a través de la casa a la plaza de Saxe-Coburg. Espero que haya hecho lo que le pedí, Jones".

"Tengo un inspector y dos oficiales esperando en la puerta principal".

"Entonces hemos detenido todos los agujeros. Y ahora debemos guardar silencio y esperar".

¡Qué tiempo pareció! Si comparamos las notas que tomé después, no fue más que una hora y cuarto, pero me pareció que la noche casi se había ido y que el amanecer estaba llegando. Mis extremidades estaban cansadas y agarradas, pues temía cambiar de posición; sin embargo, mis nervios estaban en el más alto grado de tensión, y mi oído era tan agudo que no sólo podía oír la suave respiración de mis compañeros, sino que podía distinguir la inspiración más profunda y pesada del voluminoso Jones de la fina y suspirante nota del director del banco. Desde mi posición podía mirar por encima del maletín en dirección al suelo. De repente, mis ojos captaron el destello de una luz.

Al principio no era más que una chispa escabrosa sobre el pavimento de piedra. Luego se alargó hasta convertirse en una línea amarilla, y entonces, sin ninguna advertencia ni sonido, pareció abrirse un corte y apareció una mano, una mano blanca, casi femenina, que palpó en el centro de la pequeña zona de luz. Durante un minuto o más, la mano, con sus dedos retorcidos, sobresalió del suelo. Luego se retiró tan súbitamente como había aparecido, y todo volvió a estar oscuro, salvo la única chispa escurridiza que marcaba un resquicio entre las piedras.

Su desaparición, sin embargo, fue momentánea. Con un sonido desgarrador, una de las anchas y blancas piedras se volcó sobre su lado y dejó un agujero cuadrado y abierto, a través del cual fluía la luz de una linterna. Por encima del borde se asomó un rostro limpio y juvenil, que miró atentamente

a su alrededor y luego, con una mano a cada lado de la abertura, se acercó a la altura de los hombros y de la cintura, hasta que una rodilla se apoyó en el borde. En otro instante se situó al lado del agujero y arrastró tras de sí a un compañero, ágil y pequeño como él, con la cara pálida y un mechón de pelo muy rojo.

"Está todo despejado", susurró. "¿Tienes el cincel y las bolsas? ¡Gran Scott! ¡Salta, Archie, salta, y me lanzaré a por él!"

Sherlock Holmes salió disparado y agarró al intruso por el cuello. El otro se zambulló en el agujero, y oí el sonido de la tela rasgada cuando Jones se aferró a sus faldas. La luz brilló sobre el cañón de un revólver, pero la fusta de caza de Holmes cayó sobre la muñeca del hombre y la pistola tintineó sobre el suelo de piedra.

"Es inútil, John Clay", dijo Holmes con suavidad. "No tienes ninguna posibilidad".

"Ya veo", respondió el otro con la mayor frialdad. "Me imagino que mi amigo está bien, aunque veo que tú le has cogido el tranquilo".

"Hay tres hombres esperándole en la puerta", dijo Holmes.

"¡Ah, sí! Parece que ha hecho usted la faena de forma muy completa. Debo felicitarle".

"Y yo a usted", respondió Holmes. "Tu idea del pelirrojo fue muy novedosa y efectiva".

"Volverás a ver a tu amigo pronto", dijo Jones. "Es más hábil que yo para bajar por los agujeros. Aguanta mientras ajusto las esposas".

"Le ruego que no me toque con sus sucias manos", comentó nuestro prisionero mientras las esposas sonaban en sus muñecas. "Tal vez no sepas que tengo sangre real en mis venas. Tenga también la bondad, cuando se dirija a mí, de decir siempre "señor" y "por favor". "

"Muy bien", dijo Jones con una mirada y una risita. "Bien, ¿podría, por favor, señor, marchar arriba, donde podemos conseguir un taxi para llevar a su Alteza a la estación de policía?"

"Así está mejor", dijo John Clay con serenidad. Hizo una amplia reverencia a los tres y se alejó tranquilamente bajo la custodia del detective.

"Realmente, señor Holmes", dijo el señor Merryweather mientras los seguíamos desde el sótano, "no sé cómo el banco puede agradecerle o recomendarle. No hay duda de que ha detectado y derrotado de la manera más completa uno de los intentos más decididos de robo de bancos que han pasado por mi experiencia."

"Tenía una o dos pequeñas cuentas que saldar con el señor John Clay", dijo Holmes. "He tenido un pequeño gasto por este asunto, que espero que el banco me reembolse, pero más allá de eso me veo ampliamente recompensado por haber tenido una experiencia que en muchos aspectos es única, y por haber escuchado la muy notable narración de la Liga de los Pelirrojos".

"Verá, Watson -explicó en las primeras horas de la mañana, mientras nos sentábamos a tomar un vaso de whisky con soda en Baker Street-, era perfectamente obvio desde el principio que el único objeto posible de este negocio más bien fantástico de la publicidad de la Liga, y de la copia de la Enciclopedia, debía ser sacar a este no demasiado brillante prestamista durante un número de horas cada día. Era una forma curiosa de hacerlo, pero, en realidad, sería difícil sugerir una mejor. El método fue sin duda sugerido a la ingeniosa mente de Clay por el color del pelo de su cómplice. Las cuatro libras semanales eran un señuelo que debía atraerlo, y ¿qué era para ellos, que jugaban por miles? Pusieron el anuncio, uno de los bribones tenía la oficina temporal, el otro incitaba al hombre a solicitarla, y juntos se las arreglaban para asegurar su ausencia todas las mañanas de la semana. Desde que me enteré de que el ayudante había venido por medio sueldo, me pareció obvio que tenía algún motivo de peso para asegurarse la situación."

"¿Pero cómo pudo adivinar cuál era el motivo?"

"Si hubiera habido mujeres en la casa, habría sospechado una mera intriga ordinaria. Sin embargo, eso estaba fuera de lugar. El negocio del hombre era pequeño, y no había nada en su casa que pudiera justificar unos preparativos tan elaborados y un gasto tan grande como el que tenían. Por lo tanto, debía ser algo fuera de la casa. ¿Qué podría ser? Pensé en la afición del ayudante a la fotografía y en su truco de desaparecer en el sótano. ¡El sótano! Ahí estaba el final de esta enrevesada pista. Entonces hice averiguaciones sobre este misterioso ayudante y descubrí que tenía que lidiar con uno de los criminales más geniales y atrevidos de Londres. Estaba haciendo algo en el sótano, algo que le llevaba muchas horas al día durante meses. ¿Qué podía ser, una vez más? No se me ocurría nada, salvo que estaba haciendo un túnel hacia algún otro edificio.

"Hasta aquí había llegado cuando fuimos a visitar el lugar de la acción. Te sorprendí golpeando el pavimento con mi bastón. Estaba averiguando si el sótano se extendía por delante o por detrás. No estaba delante. Entonces toqué el timbre y, como esperaba, el ayudante respondió. Habíamos tenido

algunas escaramuzas, pero nunca nos habíamos visto antes. Apenas le miré a la cara. Sus rodillas eran lo que deseaba ver. Usted mismo habrá observado lo gastadas, arrugadas y manchadas que estaban. Hablaban de aquellas horas de excavación. Lo único que faltaba era saber para qué escarbaban. Doblé la esquina, vi que el City and Suburban Bank colindaba con los locales de nuestro amigo, y sentí que había resuelto mi problema. Cuando volví a casa después del concierto, llamé a Scotland Yard y al presidente de los directores del banco, con el resultado que has visto".

"¿Y cómo pudiste saber que harían su intento esta noche?" pregunté.

"Bueno, cuando cerraron sus oficinas de la Liga fue una señal de que ya no les importaba la presencia del señor Jabez Wilson, es decir, que habían completado su túnel. Pero era esencial que lo utilizaran pronto, ya que podría ser descubierto, o los lingotes podrían ser retirados. El sábado les convendría más que cualquier otro día, ya que les daría dos días para escapar. Por todas estas razones esperaba que vinieran esta noche".

"Lo has razonado muy bien", exclamé con admiración sincera. "Es una cadena tan larga y, sin embargo, cada eslabón suena a verdad".

"Me ha salvado del aburrimiento", respondió, bostezando. "¡Ay! Ya siento que se acerca a mí. Mi vida se ha convertido en un largo esfuerzo por escapar de los lugares comunes de la existencia. Estos pequeños problemas me ayudan a hacerlo".

"Y usted es un benefactor de la humanidad", dije.

Se encogió de hombros. "Bueno, tal vez, después de todo, sirva de algo", comentó. "L'homme c'est rien-l'oeuvre c'est tout", como escribió Gustave Flaubert a George Sand".

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE

WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**